

Y ¡ay del que tiemble!.....

En este momento se escuchó el chirrido del sebo; la pavesa cayó, y la luz, despues de elevarse y fluctuar un instante sobre un trémulo cordoncillo de humo, se extinguió, dejando el aposento envuelto en densas tinieblas.

Salazar y Chirinos, que habian dejado escapar la mano que oprimia las suyas, volvieron á buscarla, y nada encontraron. Llamaron varias veces á Negromonte, y no obtuvieron respuesta; ni la puerta se abrió, ni se oyeron los pasos, ni se notó nada que indicase la salida de una persona. Pasados unos cuantos minutos, dejóse oír por el fondo de la pieza la lejana voz de Negromonte, que repitió con ronca voz estas palabras:

—¡Ay del que tiemble!

—¡Ay de nosotros!—exclamó Salazar cayendo de rodillas.

—¡Ay de mi amor!—exclamó Chirinos arrojando suspiros que parecian sollozos.

Que dirá de qué manera, despues de qué, y por qué persona recibió Zapata la órden de quedar libre.

**D**ESPUES de atravesar por un patio de elevadas paredes, y por varios oscuros callejones donde apenas pueden salir dos personas de frente, se llega á una especie de hortaliza, tambien rodeada por muros de negridos, que dan al viento cenicientas guirnaldas de plantas silvestres.

En un ángulo de aquel recinto hay una puerta resguardada con planchas de hierro; detrás de aquella puerta se se descende por una rampa donde el aire es pesado y húmedo, y se llega á una reja cubierta de telarañas y de orin, que intercepta el paso de un aposento lóbrego parecido á una letrina.

Allí duerme, ó parece dormir un hombre; ese desdichado es Zapata.

—Ea!—le dice un carcelero moviéndole bruscamente con el pié;—¿no teneis ganas de comer, buen hombre?

El que así hablaba no tenia la facha conocida de los car-

celeros; vestia como cualquier hidalgo, y en su rostro, sin hipocresía, se notaba el tinte que da la pobreza á las personas que tuvieron mejores tiempos.

Zapata se incorpora con trabajosa lentitud, se pasa las manos por los ojos, y responde entre bostezos algunas palabras que no entiende su interlocutor.

—Eh! que os hablo,—repitió éste;—comeis? porque necesito la cazuela.

—Ah! traéis el almodrote?

—Sí..... tomad.

—Bien; y ahora, decidme.....

—Diantre! ya volveis?.....

—Y cómo no?..... con mil truenos! Ha quién sabe cuántos dias que me teneis aquí enterrado, y no logro que me digan siquiera por qué se me condena con rigor semejante.

—¿Y por eso me habeis hecho pagar el mal que os hace otra persona?..... todavía siento los repizcos; pero os aviso que hoy vengo prevenido; mirad este garrote..... á la primera señal de acometimiento, os le descargo en la cabeza.

—Bueno; dispensad que os haya puesto la mano; pero pregunto: ¿no basta para castigarme, la horrenda noche que aquí paso muerto de frio, de hambre y de sofocacion?

—No basta.

—¿Os parece poco, señor?

—Muy poco.

—Hablais como aporreado?.....

—Hablo como juez.

—Y cuál es mi culpa?

—Sépaló el diablo..... yo.....

—Cómo!

—La ignoro.

—Pues entónces, ¿por qué os parece poco verme en este sitio sin luz, y comido de ratones?.....

—Bah! conoceis á Fernandez?

—Sí tal.....

—Pues ese estuvo en un presidio de Granada mas de veintisiete años y pico.

—Y piquen veinte mil diablos; ¿qué tengo yo que ver con ese Fernandez?..... ó creéis que yo soy algun ladron facineroso?

—Así lo parece.

—Señor carcelero!..... y en que os fundais?

—No se necesita fundarse.

—No entiendo.....

—Ni yo tampoco.

—Dios os bendiga, maese. Voy á explicarme. Habeis dicho que no me tiene aquí ni el capitan Andrés Tapia, ni el capitan Francisco de Medina ..... Vais entendiendo?

—Sí.....

—Que no estoy aquí por causa del Sr. Estrada, ni Albornoz, ni Zuazo, ni Doña Luz, ni Zárate.....

—Sí, sí, sí.

—Ahora, decidme: ¿quién diablos es el que se empeña en perderme? decidme quién es esa persona sumida en el misterio?

—Pues yo soy.....

—Sí?..... qué!..... quién?.....

—Soy de opinion.....

—Ah!.....

—Soy de opinion, que no debemos mezclarnos en lo que nada nos importa.

- Que no me importa habeis dicho?.....
- Si tal.
- Cómo! .....
- Sí señor! A mí qué me interesa que se os pudran hasta las entrañas? Ea! despacháos, que no estoy para perder el tiempo.
- Sabeis una cosa? maese.....
- Qué?.....
- Que sois un animal.
- Y qué animal?
- Un pollino.
- Gran cosa!..... si me hubiérais llamado perro.....
- Qué! Sois tan bravo?
- Haced la prueba.....
- Si mal no me acuerdo, ayer la llevásteis colgada en las orejas.
- Os corre prisa la respuesta?
- No..... pero con un diantre! ¿qué empeño habeis tomado en darme tormento? qué hago yo aquí?..... qué hace entretanto mi familia? ¿Sabeis de lo que es capaz un hombre, llevado á la desesperacion?
- Silencio! si os moveis siquiera..... no respondo.
- El carcelero enarboló su garrote. Zapata extendió el brazo hasta tocar el borde de la cazuela, y encarándose con su guardian, le dijo, ya montado en cólera.
- Mirad, maese verdugo, que ni con esa tranca, ni con todos los arcabuces y las picas del reino, sereis capaz de intimidarme!
- Silencio! digo.....
- Sois un bodoque!
- Chist!

- Por el diablo!—exclamó Zapata levantándose como por un resorte.—Atrevéos!
- El carcelero levantó mas el brazo; pero antes que pudiera descargar el golpe, Zapata le asió por el gaznate, y le puso de espalda contra la reja.
- Vamos! haya paz.....—dijo el carcelero sin hacer resistencia;—hablemos como buenos cristianos.
- Pues dadme ese garrote.
- Tomadle.
- Zapata recibió el arma y soltó al carcelero. Este último se compuso el cuello, recogió su sombrero y volvió á ocupar su sitio, dispuesto á continuar la conversacion.
- Por mi abuela!—dijo llevándose una mano á la garganta;—dad gracias á mi buen carácter, pues no pagais con vuestro vida el insulto que me habeis hecho.
- ¿Os parece poco?.....
- Demasiado!
- Echáos la culpa.
- Bah! no quiero desperdiciar palabras. Sois mi prisionero y estais desarmado.....
- Sin embargo, si quereis, que siga la danza.....
- De buena gana, pero lo temo..... por mí solo.
- Bien dicho. Ahora, sigamos hablando.
- Qué! habeis creido?..... temo por mí..... es decir..... estais bajo mi responsabilidad, y si alguno de los dos queda en el campo.....
- Zape!
- Seré castigado severamente. De otro modo, saldriamos como dos caballeros, y todo se arreglaria con las espadas.....
- Bah! gustais de merendar?—dijo Zapata sentándose

en el suelo, y aproximándose la cazuela.—Mirad, aquí hay un zancarron con que podeis dar principio.....

—Gracias, buen hombre; que os haga provecho.

—Diantre!—dijo Zapata;—os parecè un buen hombre el que os ha dado una zurra?

Estas palabras manifiestan que hasta los hombres como Zapata participaban de ese orgullo proverbial entre los españoles. La frase que pronunciara el carcelero, seria recibida con satisfaccion de los labios de Cortés ó del Rey; pero en los de un cualquiera como el que acababa de decirla, se hacia insoportable y hasta insultante.

—Zurra llamis á eso?—dijo el carcelero.

—O zurribanda,—repitió el otro,—no disputo los términos.

—Ah! zurrarme á mí? bien se ve que no me conocis.....

—Canario! estaré hablando con Solimán?—preguntó Zapata, retirando el bocado que iba á introducirse en la boca.

—No tal! pero si mi linaje no es de reyes, como debe serlo el vuestro, desciendo de nobles caballeros que nunca soportaron ultrajes.....

—Hola!—dijo Zapata, que á pesar de su encierro no perdía cierto buen humor que le caracterizaba:—descendeis de nobles caballeros!..... por vida de mi madre! pues sois mas que yo, porque yo no desciendo mas que de un solo caballero.

Los ojos del guardian despidieron tal mirada de cólera, que á ser vistos en el crepúsculo del calabozo, hubieran causado miedo al mismo Zapata; pero su mirada no fué tan rápida como su mano para apoderarse del garrote y levantarlo sobre el cráneo del prisionero.

—Ea!—dijo Zapata que comprendió su situacion;—no me habeis entendido? sed menos violento.

—Cuidado conmigo!.....

—Bajad el palo.....

—Silencio! con mil truenos!

—Perdon.....

—Bien está..... Alzáos; pero os advierto que otra vez no se os ocurra echarla de gracioso, porque la pasareis mal. Por vida mia!—añadió volviendo á levantar el garrote,—que si se me sube á la cabeza todo lo Zancadilla!.....

Aquel apellido fué una inspiracion para Zapata que acechaba la ocasion de sorprender al carcelero. Le abarcó por las piernas, tiró violentamente, y el otro vino al suelo, con gran mengua de la fama y lustre de los Zancadillas.

Desarmarle y volver á sujetarle por la garganta, fué obra de un momento.

—Ahora quiero veros, Sr. Zancadilla,—dijo Zapata.

—Esperad!—dijo el otro haciendo algunos esfuerzos para incorporarse;—me estais lastimando.

Zapata no hizo caso de estas palabras. Comenzó á desatarse con una mano el ancho ceñidor con que sujetaba sus calzas, y cuando hubo concluido trató de asegurar los brazos del carcelero.

—¿Qué vais á hacer?—dijo éste dejándose atar sin resistencia.

—Vais á darme todas las llaves que tengais en vuestro poder.

—¿Con qué objeto?

—Con el objeto de las llaves; despachad.

—Tratais de saliros?

—Sí; á ver las llaves.

—No mas eso?

—No mas.

Y quién os detiene? Podeis iros hasta el quinto infierno sin que nadie os estorbe.

—Ah! me tendeis una trampa? Veremos.

—Trampa! con mil de á caballo! os digo que podeis marcharos.

—Será verdad?

—Os juro que á eso vine; traia la órden de abriros las puertas. Están francas.

—Si es un engaño.....

—Sois mas porfiado que un vizcaino: á ver..... asomáos por ahí si gustais, y gritadle á Marquina.

—Seria muy bueno para vos, pero no me conviene;—dijo Zapata metiendo la mano en el bolsillo del carcelero, y apoderándose de un haz de llaves.

Despues se dirigió resueltamente hácia la reja, la abrió, subió por la pequeña rampa que hemos mencionado, y abrió sin dificultad las hojas de la segunda puerta. Un torrente de luz inundó sus pupilas, que se cerraron con dolor; y un aire fresco y perfumado dilató sus pulmones casi marchitos por la atmósfera del calabozo.

—Buen viaje, amigo mio;—dijo una voz muy próxima á sus oidos.

Zapata se descubrió los ojos y procuró mirar al que le dirigió la palabra. Era un soldado que limpiaba con un cuero las abolladas piezas de su arnés, y manifestaba la mayor indiferencia.

—Quereis decirme,—dijo Zapata,—¿es verdad que soy libre?

—Más que mi madre,—dijo el otro:—lo dudais?

—Es decir..... puedo irme?

—Pues qué diablos esperais, compadre?

—Ah! pues entonces, adios! adios! no quiero permanecer mas en este infierno.

—Él vaya con vos, amigo mio!..... Ah! oid!

—Qué! no es cierto?

—Os hablan por allá dentro.....

—Por..... ah!..... por Santiago!—exclamó Zapata, recordando la posicion en que dejaba al carcelero;—voy allá!

Entonces volvió á entrar al calabozo.

—Estais convencido?—le preguntó Zancadilla, que estaba tendido largo á largo, y fajado como un niño de pecho.

—Perdonad,—le dijo Zapata comenzando á desatar los nudos;—vos teneis la culpa de estas violencias; ¿por qué no me lo habíais dicho? Estuvo en un tris que nos rompiésemos las testas, por no pronunciar una palabra.

Ah!—replicó el otro;—esperaba yo á que comiérais. Una noticia de esas con el estómago vacío..... pero sobre todo, á mí se me dijo que á la tarde, y yo no puedo violentar una órden..... ya estoy?

—Sí, y os pido mil perdones..... Si vuestra nobleza, que no pongo en duda, tiene á bien inclinarse hasta la amistad de un labriego como yo soy, me encontrará siempre dispuesto á quererle y servirle en todo lo que pueda.

—No, señor..... cómo?.....

—Zapata, criado de vuesamerced.

—Bien, Sr. Zapata; algun dia tendré la honra de hablaros largamente de mi persona para que sepais que este lugar que ocupo es inferior á mi nacimiento, y que.....

—Bueno; yo vendré por vos ese dia para que hablemos,

y echaremos un trago á la salud de vuestros nobles abuelos: dadme un abrazo y quedad con Dios, Sr. Zancajo.

—Os vais tan pronto?

—Sí; ansío ver á mi familia..... no sé de ella..... conque..... adios! y no conserveis memoria de nuestras desavenencias.

—Ay, amigo Chancleta!

—Zapata.

—Ay! amigo Zapata..... dificilmente sanaré del gaznate.

—Quia! id por allá, y mi mujer os cura como por encanto. Figuráos que busca mas yerbas que un jumento, y las conoce mas que un boticario..... Ea! quedad con Dios!

Zapata se alejó á todo escape sin oir los últimos adioses que le mandaba Zancadilla.

D. GASPAR DE MENDOZA.

**V**OLVIÓ Zapata á ampararse de aquella misma casa en cuya puerta fué sorprendido por los esbirros de Garduña. Grande fué la sorpresa que recibió Juana cuando la relacion de la aventura de su padre le dió á conocer el gran peligro que amenazaba á Tetzahuitl; pero no fué menor su regocijo cuando pudo adivinar que un hombre, sin duda poderoso, amaba á la Dorantes con ese amor que se convierte en frenesí con los desdenes. ¿Y quién seria el nuevo amante? Juana lo ignoraba; pero se prometia encontrarle. Pensaba ponerse en observacion desde aquel mismo instante, pues tenia grande curiosidad de conocer á ese hombre, de hablarle, de ayudarle, de unirse á él con toda el alma, para quitar á Tetzahuitl esa mujer que le hacia tan desapacible y tan ingrato. Una vez allanado el principal obstáculo, Juana pensaba que todo lo demas seria fácil, si se atiende al poder destructor que tiene la ausencia sobre el objeto del cariño. Además, contaba